

WILLIAM JAMES Y LA PSICOLOGIA CONDUCTISTA

Hay una forma, ya consolidada, de plantear la evolución de la psicología. Esta ciencia, se dice, tuvo como primer objeto de estudio el «alma»; en la Edad Moderna abandonó el alma para ocuparse del examen y descripción de la «conciencia»; pero lo que hoy llamamos psicología científica no es sino la investigación de las leyes que rigen el comportamiento o «conducta» de los seres vivos, y esta última revolución, fundamentalmente, fue obra de John B. Watson, el iniciador del behaviorismo o conductismo.

Puestas así las cosas, convendría, no obstante, hacer ver cómo algunas de las innovaciones más radicales de Watson encuentran antecedente y fundamento en la obra filosófica y psicológica de William James. ¿Revolución, pues, o más bien evolución, en la historia de la psicología? En cierto modo, la cuestión puede parecer ociosa. Creo, sin embargo, que no lo es tanto. Y no lo es porque en estos años, en que se va cobrando cierta distancia de la transformación de la psicología por obra de los conductistas —Hebb lo llamaba en 1960 *The American revolution*¹—, reaparecen como cuestiones perentorias algunas que ya lo resultaban en la época de William James y de la psicología introspectiva y que los extremistas del conductismo parecieron «disolver» sin resolver. Hoy vuelve a ser considerada la imaginación, o la atención, o la conciencia, tema válido para un psicólogo. Y entonces cabe preguntarse: ¿Es que la investigación y la ciencia van sometidas a los bandazos ocasionales del puro azar? ¿No hay una interna lógica en el despliegue de sus realizaciones? Y sobre todo, si resurgen cuestiones que se creían desvanecidas, ¿no será menester, teóricamente, volver hacia atrás la vista y recoger los cabos donde quedaron desgarrados?

He ahí, sumariamente expresadas, las razones de mi interés por una cuestión aparentemente ociosa como es ésta.

¹ D. O. HEBB, *The American revolution*, «American Psychologist», 1960, 15, 735-745.

El conductismo presenta, desde su aparición, un rasgo formal muy característico: es una teoría que pretende, ante todo, conseguir un dominio técnico en el área de su objeto. Si la psicología es ciencia del comportamiento, entonces tiene que: primero, descubrir leyes que rijan ese comportamiento, y segundo, predecir y controlar comportamientos, al llevar a aplicación las leyes descubiertas. «El interés del conductista en las acciones humanas —escribió Watson²— significa algo más que el del mero espectador: desea controlar las reacciones del hombre, del mismo modo como en la física los hombres de ciencia desean examinar y manejar otros fenómenos naturales. Corresponde a la psicología conductista poder anticipar y fiscalizar la actividad humana.» Frente a la psicología descriptiva y analítica que propugnara Dilthey («eine beschreibende und zergliedernde Psychologie», según manifiesta el título de su obra capital), Watson subraya la dimensión práctica y eficaz de la ciencia natural, abierta radicalmente hacia unas técnicas que transformen el saber en poder, de acuerdo con la aspiración del positivismo de Comte: saber para prever, y prever para poder.

En el orden del contenido, el conductismo de Watson se caracterizó, como es bien sabido, por la eliminación de la conciencia y de todo mentalismo, «desterrando —como él mismo dice³— de su vocabulario científico todos los términos subjetivos», para atenerse a un criterio rigurosamente periferalista: «¿Puedo describir la conducta que veo en términos de “estímulo” y “respuesta”?»⁴.

¿Y qué tiene que ver con todo ello la psicología de James?

Convendrá, ante todo, hacer notar que desde el comienzo mismo de *The Principles of Psychology*, publicados en 1890, James manifiesta su pretensión de fidelidad a un punto de vista estrictamente positivista, rasgo en que hace consistir la originalidad de su obra («in this strictly positivistic point of view consists the only feature of it for which I feel tempted to claim originality»)⁵. Y es este positivismo el que, forzándole a tomar los fenómenos tal y como se presentan, le impide aceptar hipótesis metafísicas, ultraexperienciales si se prefiere, que remiten las manifestaciones psíquicas ya a un «espíritu», ya a un mecanismo físico que opera mediante asociaciones y ha sido desarrollado por la «psicología sin alma» de que hablara, en su *Geschichte der Materialismus*, Lange.

Para William James la vida psíquica es, básicamente, vida biológica, lo

² J. B. WATSON, *El conductismo*, Paidós, Buenos Aires, 3.ª ed., 1961, p. 28. De un modo más rotundo lo había dicho en *Psychology as the behaviorist views it* (1913): «Psychology as the behaviorist views it is a purely objective experimental branch of natural science. Its theoretical goal is the prediction and control of behavior» (en W. DENNIS, *Readings in the History of Psychology*, Appleton Century Crofts, New York, 1948, página 457).

³ WATSON, *El conductismo*, ed. cit., p. 23.

⁴ *Ibidem*.

⁵ W. JAMES, *The Principles of Psychology*, Dover Publications, New York, 2 vols., 1950; vol. I, p. vi.

que desde Darwin quiere decir, claro es, adaptación al medio, teleología, positividad. Cuando define la psicología como «la ciencia de la vida mental, de sus fenómenos y sus condiciones» («the Science of Mental Life, both of its phenomena and their conditions»⁶), la mirada nuestra tiende a subrayar el adjetivo «mental» con todas sus complicadas resonancias, efecto de una historia científica reciente; pero lo sustantivo, y también lo innovador, es el conceptualizar lo psíquico como «life», dentro del área semántica que a la palabra ha dado el evolucionismo.

Desde esta perspectiva resulta coherente la actitud pragmatista que adopta en filosofía. La vida mental resulta al cabo de un proceso evolutivo en el que interacciona con el mundo y, con el simple hecho de su existencia, demuestra su utilidad, su capacidad adaptativa, su ajuste a la realidad esencialmente dinámica. En una palabra, la mente está adecuada a las cosas: por estarlo, resulta «útil» y produce utilidad; y en esa adecuación no puede dejar de verse, filosóficamente hablando, el carácter de «verdad». Que una idea sea útil, que sea verdadera, ¿no es al cabo lo mismo?: en ambos casos «se trata de una idea que se cumple y que puede verificarse» («an idea that gets fulfilled and can be verified»)⁷. Pero la verificación significará, claro está, efectividad adaptativa o, como James dice, «ciertas consecuencias prácticas de la idea verificada y validada»⁸. ¿Y no es ése el sentido más profundo de la revolución behaviorista?

El conocimiento verdadero es el validado por la práctica. Si se aplica al orden de la teoría psicológica, habrá que decir de ésta que es verdadera si, y solo si, muestra poseer capacidad predictiva y de control ante los comportamientos estudiados. El behaviorismo se constituye como doctrina «verdadera» y rechaza todas las otras formas «mentalistas» de investigación precisamente desde criterios pragmatistas. «Dadnos una docena de niños sanos, bien formados y un mundo apropiado para criarlos, y garantizamos convertir a cualquiera de ellos, tomado al azar, en determinado especialista...», era la pretensión de Watson⁹. Lo que quería decir: conocemos las leyes del comportamiento, podemos llevar a la práctica adaptaciones al mundo en forma absolutamente concreta y precisa, y en ese sentido, nuestra interpretación de los hechos psicológicos es, al tiempo, «útil» y «verdadera». Y hasta aquí, el primer punto de contacto.

Consideremos ahora el problema de la conciencia.

El positivismo de William James le lleva a tomar como punto de partida los «hechos» mentales. La «vida mental» se manifiesta en «estados» a los que James, en primer término, se verá obligado a caracterizar con estas palabras: «Todo "estado" tiende a formar parte de una conciencia personal»¹⁰

⁶ W. JAMES, ob. cit. I, p. 1.

⁷ W. JAMES, *Pragmatismo*, Emecé, Buenos Aires, 1945, p. 149.

⁸ *Ibidem*, p. 148.

⁹ WATSON, ob. cit., p. 108.

¹⁰ W. JAMES, *Compendio de psicología*, Emecé, Buenos Aires, 1947, p. 211.

(«every "state" tends to be part of a personal consciousness»). Además, esos estados —segunda característica— fluyen, se hallan cambiando continuamente; constituyen una conciencia «sensiblemente continua» y, en fin, consisten en atender algo y destatender el resto ¹¹. Estos hechos de conciencia, forma superior en que acontece la vida psíquica, son hechos de adaptación del viviente a su medio, y representan una acción de conservación: «primarily then, and fundamentally, the mental life is for the sake of action of a preservative sort. Secondarily and incidentally it does many other things» ¹².

Pero pensemos un momento: si los estados de la vida mental se adaptan al medio, ¿cómo van a hacerlo si no es, precisamente, en y por el cuerpo? La mente es biológica, y ello quiere decir, claro está, que es «corpórea».

La corporeidad de la mente tiene por lo pronto que afirmarse en los dos momentos que presupone todo ajuste del organismo con el medio físico que le rodea y le afecta: en el momento de afección ante las modificaciones del medio, y en el de reajuste o reacción por parte del organismo. Por eso, primero, la «condición inmediata de un estado de conciencia es cierta actividad en los hemisferios cerebrales» y, segundo, «todos los estados mentales son seguidos de una actividad corporal de alguna especie» ¹³. En ambas afirmaciones se recogen los que han venido a ser «los dos» elementos decisivos de la psicología contemporánea a partir del movimiento conductista: la condición precedente, o «estímulo», y la actividad subsiguiente, o «respuesta».

A partir de estos presupuestos, James dividirá el *corpus* teórico de la psicología en estudio de los procesos nerviosos de aferencia, cuyo correlato es la sensación; de los procesos de eferencia —movimientos—, y, en fin, de los procesos centrales, de conmutación o conexión, que él inscribe bajo el epígrafe de «reflexión». Y, aunque haya de ser dicho todo a la carrera, que no nos desoriente aquí la palabra «reflexión»; que no nos desoriente, porque James tenía plena conciencia de que las integraciones sensoriomotrices podían darse a niveles distintos, y, como él dice, siguiendo la concepción de estratos funcionales que Hughlings Jackson había propugnado, «el mismo músculo se halla... representado repetidamente a diversas alturas» ¹⁴.

En la vida psíquica, pues, hallamos estímulos, respuestas, y procesos mediadores; y en estos últimos se inscribe, precisamente, la conciencia. Esta «conciencia» es precisamente lo que le sobra a James para entrar dentro del modelo watsoniano de psicología.

Ahora bien, resulta que es el propio James el iniciador de la batalla contra la conciencia, dentro de la psicología. Se recordará, claro es, su famosa pregunta: «Does consciousness exist?», de 1904. Desde la perspectiva filosófica, James se presenta ahí como un monista de la experiencia pura. Ni hay con-

¹¹ W. JAMES, *Compendio*, p. 211; cfr. la ed. en inglés, *Psychology*, The World Pub. Co. Cleveland-New York, 1948, p. 152.

¹² *Ibidem*, *Psychology*, ed. cit., p. 4.

¹³ *Ibidem*, *Compendio*, ed. cit., 49 (*Psychology*, ed. cit., p. 5).

¹⁴ *Ibidem*, *Compendio*, p. 150.

ciencia ni hay materia: «en fin de compte —escribía James en 1905¹⁵— les choses et les pensées ne sont point foncièrement hétérogènes, mais elles sont faites d'une même étoffe, étoffe qu'on ne peut définir comme telle, mais seulement éprouver, et que l'on peut nommer, si on veut, l'étoffe de l'expérience en général».

Tras esa actitud metafísica subyacía una doctrina psicológica que no estaba presente al redactar *The principles of psychology* en 1890, pero sí al concluir, dos años después, su *Compendio* (o *Briefer course*). En las páginas finales de éste puede leerse lo siguiente: «Los estados de conciencia, en sí mismos, no son hechos demostrables... Ni el sentido común ni la Psicología, por cuanto queda expuesto, han dudado nunca de que los estados de conciencia, que esta ciencia estudia, sean datos inmediatos de experiencia. Se ha dudado de las "cosas", pero nunca de los pensamientos y sensaciones. Se ha negado el mundo externo, pero nunca el interno. Todos admiten que tenemos conocimiento introspectivo directo de nuestra actividad psíquica como tal, de nuestra conciencia como algo interno y en contraposición con los objetos exteriores que conoce. Por mi parte he de confesar que no estoy seguro de esta conclusión. Cuando trato de hacerme sensible a mi actividad pensante como tal, lo que percibo es algún hecho corporal, una impresión que me llega del párpado, o la cabeza, o la garganta, o la nariz. Parece como si la conciencia, como actividad interna, fuera más bien un *postulado* que un hecho dado sensiblemente, postulado de un *conocedor* como correlativo de todo esto conocido, y como si el saber podría ser una palabra mejor para describirlo. Pero "el saber postulado como una hipótesis" es prácticamente una cosa muy diferente de "los estados de conciencia aprehendidos con infalible certeza por un sentido interno". Por esto queda de nuevo planteada la cuestión de *quién es realmente el conocedor...*»¹⁶.

¹⁵ W. JAMES, *La notion de conscience*, en «Archives de Psychologie», t. V, junio 1905, pp. 1-12.

¹⁶ W. JAMES, *Compendio*, ed. cit., pp. 551-2. El texto inglés es éste: «States of consciousness themselves are not verifiable facts... Neither common-sense, nor psychology so far as it has yet been written, has ever doubted that the states of consciousness which that science studies are immediate data of experience. "Things" have been doubted, but thoughts and feelings have never been doubted. The outer world, but never the inner world, has been denied. Everyone assumes that we have direct introspective acquaintance with our thinking activity as such, with our consciousness as something inward and contrasted with the outer objects which it knows. Yet I must confess that for my part I cannot feel sure of this conclusion. Whenever I try to become sensible of my thinking activity as such, what I catch is some bodily fact, an impression coming from my brow, or head, or throat, or nose. It seems as if consciousness as an inner activity were rather a *postulate* than a sensibly given fact, the postulate, namely, of a *knower* as correlative to all this known; and as if "consciousness" might be a better word by which to describe it. But "consciousness postulated as an hypothesis" is practically a very different thing from "states of consciousness apprehended with infallible certainty by an inner sense". For one thing, it throws the question of *who the knower really is* wide open again...» (*Psychology*, ed. cit., p. 467).

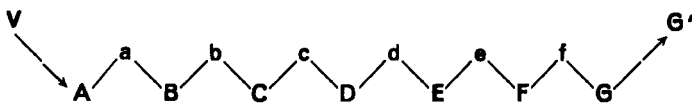
Parece como si la conciencia fuera un postulado... Esto es lo que interesaba subrayar aquí. Si lo fuera, y lo eliminásemos, esto es, si tratásemos ahora de reestructurar el *corpus* teórico de la psicología prescindiendo del «postulado de la conciencia», al modo como la geometría vino a hacer con el postulado euclidiano de las paralelas, ¿qué quedaría?

Dentro del esquema de William James, la respuesta parece clara: lo que quedaría sería precisamente estados de excitación cerebral procedentes de las aferencias sensoriales y, de otro lado, descargas motrices, en conexión con los primeros. Es decir, una psicología de paradigma S-R, «estímulo-respuesta».

Ahora bien, esta posibilidad *ya estaba incluida* en la obra de James. Y, precisamente, bajo la denominación que todo el behaviorismo ha empleado hasta la saciedad: *habit*, hábito.

«An acquired habit, from the physiological point of view, is nothing but a new pathway of discharge formed in the brain, by which certain incoming currents ever after tend to escape»¹⁷. Se trata, ni más ni menos, del establecimiento de caminos de descarga nuevos para las afecciones sufridas por el organismo.

Hay que ver, entonces, el esquema que del hábito nos ofrece, y ante todo, su diagrama¹⁸.



para comprender lo que James estaba de hecho anticipando. Cuando nos dice que «en la acción ya habitual lo que suscita la ejecución de cada nueva contracción muscular en un orden adecuado no es un pensamiento ni una percepción, sino la sensación ocasionada por la contracción muscular últimamente efectuada»¹⁹, encontramos la posibilidad de una adaptación al medio, por parte del organismo, que deje a un lado toda intervención de la conciencia y, por eso mismo, resultará aplicable en el momento en que ésta última quede fuera de juego.

¹⁷ W. JAMES, *Psychology*, ed. cit., p. 134.

¹⁸ W. JAMES, *Compendio*, ed. cit., p. 198; la explicación del diagrama es la siguiente: «En la acción habitual... el único impulso que necesitan enviar los centros intelectuales es el llevar la orden de partida, que en el diagrama se halla representada por V; puede ser un pensamiento del primer movimiento o del último efecto, o una mera percepción de alguna de las habituales condiciones de la cadena; por ejemplo, la presencia de la llave cerca de la mano —se refiere James al caso del hábito de abrir un armario—. En el ejemplo presente, en cuanto el pensamiento consciente o volición suscitó el movimiento A, éste, por la sensación a de su propia aparición, despierta a B reflejamente; B excita a C por medio de b, y así sucesivamente hasta el final de la cadena, cuando el intelecto conoce el resultado final. La percepción intelectual del final se halla indicada en el diagrama por el efecto sensible del movimiento G en G', en los centros ideacionales sobre la línea meramente sensorial. Las impresiones de este orden a, b, c, d, e, f, se suponen asentadas bajo el nivel ideacional» (ob. cit., p. 199).

¹⁹ W. JAMES, *Compendio*, ed. cit., p. 198.

Cierto que el problema es, a primera vista, grave: ¿cómo van a producirse las conexiones nuevas? Hablar de las ya formadas y tomarlas como habituales, pase, pero ¿y su origen?

La primera parte de la respuesta no es difícil de hallar. En el capítulo XXIII del *Compendio*, y bajo el epígrafe «All consciousness is motor», toda conciencia es motriz, dice James: «Every impression which impinges on the incoming nerves produces some discharge down the outgoing ones, whether, we be aware of it or not» («toda impresión que vaya a caer sobre los nervios aferentes produce alguna descarga en los eferentes, démonos cuenta de ello o no») ²⁰. Las conexiones entre la excitación y las respuestas están dadas; es más, el proceso sensorial y el motriz no son dos porciones de conducta que, como unidades discretas, vayan a sumarse, sino que constituyen aspectos de un proceso unitario sensoriomotriz, de modo análogo a como concebiría este mismo proceso Dewey en su famoso trabajo sobre «The reflex arc concept in psychology» de 1896.

Pero si todas las conexiones están dadas, y entre lo sensorial y lo motor no hay salto, parece que el comportamiento está absolutamente prefijado a *nativitate*, y en tal sentido, toda adaptación a un mundo variable y modificable resulta imposible.

¿Cómo salir del atolladero? Pienso que cabría plantear la cuestión del siguiente modo. Primero, todos los procesos de conexión entre estímulo y respuesta, los llamados por James procesos de reflexión, quedarían incluidos en la categoría de «hábitos». Pero habría que seguir dando razón de la adaptatividad que manifiestan, y, no se olvide, los hábitos resultarían útiles —esto es, pragmatistamente hablando, «verificados»— si proporcionan al sujeto *certain practical consequences*, «ciertas consecuencias prácticas», que manifiestan y patentizan la adecuación al ofrecer una experiencia que avanza «de modo progresivo, armonioso y satisfactorio». Y añade William James: «A esta función de orientación placentera es a la que denominamos verificación de una idea» («this function of agreeable leading is what we mean by an idea's verification» ²¹). En suma, de las posibilidades de respuesta que se hallan vinculadas a una excitación, la verdadera, la adaptada, la que precisamente constituye el «hábito útil», se hace destacar porque produce placer; la orientación placentera selecciona y, ¿por qué no poner el término más revelador?, refuerza la conexión hasta convertirla en «hábito». En el *Compendio* llama James al placer y al dolor «fuentes de acción»; aún más, escribe estas palabras: «objects and thoughts of objects start our action, but the pleasures and pains which action brings modify its course and regulate it» («dan pábulo a nuestra acción los objetos y los pensamientos de los objetos; mas los placeres y los dolores aportados por la acción modifican su curso y la regulan» ²²). En menos pala-

²⁰ W. JAMES, *Psychology*, ed. cit., p. 370; *Compendio*, p. 448.

²¹ W. JAMES, *Pragmatismo*, ed. cit., p. 148; *Pragmatism*, ed. cit., p. 134.

²² W. JAMES, *Psychology*, ed. cit., p. 444; *Compendio*, p. 528.

bras: el hábito se refuerza precisamente de acuerdo con el principio que desde Thorndike (1898) se daría en llamar «la ley del efecto»: las respuestas a una situación dada que producen placer, se fortalecen y graban, mientras que aquellas que producen dolor, quedan eliminadas.

Al prescindir de la conciencia, como postulado, obtenemos *dentro* de la propia psicología de James:

1) Una vida psíquica interpretada mediante los conceptos de «sensación» (o estímulo), movimiento (o respuesta), conexiones adaptativas innatas (instintos) y adquiridas (hábitos).

2) Una interpretación motriz de los procesos de mediación.

3) Una aplicación, *avant la lettre*, del principio del refuerzo (o de la ley del efecto) al problema del aprendizaje.

Desde esta perspectiva, el conductismo, de Watson a Skinner, me parece consistir en un enorme movimiento de despliegue y explicitación de los descubrimientos geniales que yacen en la construcción psicológica y filosófica de William James.

¿Pretenderé acaso con esto dar la impresión de que James es el creador saqueado y explotado por sus sucesores? Eso sería una ineptia sin sentido ni fundamento. Me interesaba, como desde el comienzo hice constar, dejar testimonio de la lógica interna que anuda el proceso evolutivo de nuestra ciencia psicológica, que no ha ido modificando caprichosamente sus puntos de vista sino al compás de las exigencias planteadas por su propia problemática. Y con ello, a la vez, hacer ver cómo en un gran clásico de su historia, como es William James, hay todavía para el investigador actual concepciones que meditar y discutir.

Departamento de Psicología. Valencia.